



1808-1908

Comienza hoy la conmemoración de aquella gloriosa epopeya de la Independencia española, en que la pujanza del pueblo salvó a la patria.

El pueblo fué el héroe; fué soldado y caudillo de sí mismo; hizo la guerra y la dirigió. El amor de la patria, que es consubstancial en el pueblo, fué el impulsor de la contienda heroica. Y la patria salió libre del yugo de la tiranía, con que Napoleón quiso agarrarla para unir a la belicosa Europa de sus conquistas.

Los ejércitos que en una batalla destruían Estados y en una campaña transformaban el mapa de Europa, en España no lograron dominar ni un solo día más tierra que la que sus pisas hollaban, y aun esa parece que bajo sus pisas huía. Porque se arrebataban tronos y se destruían Estados, pero a un pueblo que siente firme y recia la conciencia de su personalidad, no hay poder humano que le aniquile.

Y el pueblo español triunfó. El contenido de aquel hecho histórico, decisivo de la historia de España, que allí pudo tener fin y allí escribió su más brillante página, llega con oportunidad.

En los últimos años, en nuestro país ha sufrido una grave depresión el patriotismo, y en los días presentes, al reaccionar, ha entrado en una crisis peligrosa.

Para que ésta se resuelva como al supremo interés de la Patria y al decoro nacional conviene, puede ser y debe ser influencia benéfica esta conmemoración, que atrayendo la atención hacia aquel heroico período histórico de la Independencia, ahondará en el espíritu del pueblo la enseñanza robusta y salvadora del ejemplo admirable de los españoles de 1808.

Hoy no pesa sobre España una amenaza material, como pesó en aquellos días la napoleónica; no invaden nuestra tierra ejércitos extranjeros, como entonces la invadieron los del «capitán del siglo»; no están usurpadas por un rey exótico las funciones de la soberanía; pero un espíritu adverso a la santidad de la Patria se cierne sobre la nación, invade las conciencias de muchos y se eleva, pretendiendo ensalzar, con su vano mortífero, las cumbres sobre las cuales la personalidad nacional tiene sus órganos directores.

El recuerdo de aquella bella exaltación del patriotismo sea viento poderoso que barra de la atmósfera española neblinas venenosas, sea brisa purificadora que limpie el ambiente nacional de visages perturbadores, sea ráfaga vigorizadora que hinche de fuerza nuestros pulmones y ponga en nuestra sangre nueva fortaleza.

Abramos bien nuestras ventanas a esos aires sanos de patriotismo vigoroso, que de los tiempos heroicos de nuestra historia nos llegan tan oportunamente; abrámoslas de par en par, para que por todos los ámbitos nacionales corra recientemente, y hasta penetre por entre las persianas que algunos pusieron, temerosos acaso de que esta ráfaga de aire sano desvanezca los artificiales aromas que de arañeo pestifero hacen brotar.

Glorifiquemos al pueblo heroico de 1808, renovemos vivo y robusto su recuerdo y tomemos ejemplo de su amor heroico a la patria, para fortalecernos en estos días difíciles en que ha podido hablarse, comentando realidades, de la «crisis del patriotismo».

RICARDO ALLUÉ

Valladolid en la Guerra de la Independencia

Los primeros chispazos

El día 24 de Marzo de 1808 se supo en Valladolid la abdicación de Carlos IV en favor de Fernando VII, y la prisión del odiado favorito don Manuel Godoy, príncipe de la Paz.

El vecindario de nuestra ciudad creyó inocentemente que con la proclamación del deseado Fernando comenzaría una era venturosa para

VALLADOLID EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

El ayuntamiento municipal prometió acceder a tal petición y con esta promesa marcharon los amotinados a la Capitanía general, formulando igual exigencia ante don Gregorio de la Cuesta.

Este se asomó al balcón y procuró apaciguar los ánimos, haciendo promesas condicionales que a nada le comprometían; pero el pueblo, que deseaba resoluciones rápidas y no promesas, manifestó con tal energía su disgusto y su decisión de llevar adelante su propósito, que el general no tuvo más remedio que conceder el alistamiento, prometiendo entregar por de pronto 250 fusiles a los manifestantes y después las armas necesarias y un jefe militar para la organización de los alistados.

A las muestras de desagrado, siguieron vivas y aclamaciones, marchando acto seguido la multitud hasta el edificio que ocupaba el Tribunal de la Inquisición; allí pidieron el estandarte del Santo Oficio y enarbolado éste por un fraile de San Pablo, y seguido de otros varios, volvieron los manifestantes a la Plaza Mayor, donde colocaron en los balcones del Ayuntamiento el estandarte, el retrato de Fernando VII y una imagen de San José que llevaron de la iglesia de la Cruz, dando con esto por terminada la jornada de este día.

Alistamiento y Junta de defensa
Rápidamente se procedió al alistamiento forzoso de todos los vecinos de Valladolid, comprendidos entre los 17 y los 40 años, colocándose guardias en las puertas de la población y reconociéndose escrupulosamente a las personas que por ellas entraban.

Al mismo tiempo se constituyó en nuestra ciudad la Junta de defensa, compuesta de las personas más notables de la población, que se ocupó en la organización de las fuerzas, reparto de armamento y comunicación con las Juntas de otras provincias, adoptando, además, severas medidas para la seguridad del vecindario y para colocar en estado de defensa a la ciudad y a la provincia entera.

El manifiesto de Castilla la Vieja
Con fecha 30 de Mayo dirigió la Junta la siguiente proclama a Zaragoza, que ya había comenzado su heroica defensa:

«Nobles aragoneses: El cielo se declara a favor vuestro; la Madre del Pilar es vuestra epítima; y estos pobres castellanos os acompañan a sus pies pidiendo su amparo y protección. Ocho meses hace nos vemos bajo el cruel yugo de los franceses que han inundado nuestras Castillas, nuestros pueblos y nuestras mismas casas. Dios os libre a vosotros, nobles aragoneses, de tanto trabajo; no nos han dejado ni calma, ni bienes; nuestros hermanos han tenido que abandonar sus campos, para salir a luchar y para conducirlos vivos. Sus yuntas y todos sus sudores se han empleado en servirlos, con abandono de todas sus obligaciones. ¡Pero qué dolor! No es esto nada para la cruel conducta que con nosotros tienen; sabed que a todos nos han atropellado, amenazado y maltratado. El pobre pueblo que ha hecho alguna señal de quejarse de su opresión, ha sido víctima de su diabolico terror: son muchos y muchísimos los hermanos que nos han muerto, y los atropellos han causado mil desastres (que ya habrán llegado a vuestra noticia); estamos tan cargados de su intolerable yugo, que nos amenazan con incendiarnos los pueblos ya que no tienen más que sacar de ellos.

«En este conflicto, acudimos nosotros, nobles aragoneses, para que nos hagáis partícipes de vuestras victorias contra ellos; nosotros no podemos, tan a las claras como vosotros, levantarnos, porque está la nube sobre nuestras cabezas, pero esperamos no nos abandonareis, pues la causa es de Dios y del pueblo; contad con todos nosotros, dispuestos que podamos reunirnos y realizar nuestros deseos. Todos somos vasallos del inocente rey Fernando VII, y todos os rogamos vivais seguros que por nuestra parte contribuiremos al bien de la religión y de la España hasta la muerte».

Signos sobrenaturales

Un fenómeno celeste, para unos perfectamente natural y para otros sobrenatural, vino a enardecer más la exaltada imaginación del vecindario vallisoletano.

He aquí cómo relatan el suceso los autores que en ello se ocupan:

«A las once de la mañana del día 2 de Junio de 1808 apareció en el cielo una nube en forma de palma, que permaneció sin disiparse durante media hora y en derredor del sol un círculo que despedía grandes fulgores; el pueblo, siempre inclinado a lo maravilloso, creyó ver en su

delirante fantasía, en la palma un signo infalible de la paz y en el círculo del sol una corona que enviaba el cielo para el suspirado Fernando». «Milagro, milagro!» empezó a gritar la multitud, se echaron a vuestras campanas de las iglesias, se trasladó procesionalmente a los balcones del Ayuntamiento a la Virgen del Pilar y a San Pedro Regalado, y acto seguido se levantó una horca en medio de la Plaza para colgar de ella a los traidores.

A las tres de la tarde de aquel día se recibió juramento de defender la fe a los prelados de las comunidades, prometiendo éstos todos sus bienes para los gastos de la guerra y ofreciéndose los novicios para empuñar las armas en caso necesario.

Proclamación de Fernando VII
El día 3 de Junio por la mañana se publicó un pregón, ordenando que se pusieran colgaduras en los balcones de las casas situadas desde la Plaza Mayor a la Chancillería.

A las cuatro de la tarde salió el Ayuntamiento a caballo, seguido de los guardias de Corps, el batallón de caballería de la Reina, una compañía de comerciantes, con uniforme, y muchos paisanos armados, dirigiéndose a casa del alférez mayor de la ciudad señor marqués de la Revilla; y llevando el estandarte real al frente de la comitiva, se dirigió ésta a la Chancillería, donde se hallaba el Acuerdo en el balcón principal del edificio, y allí se proclamó solemnemente al rey don Fernando VII, volviendo luego a la Plaza Mayor y fijando el estandarte en el balcón del Consistorio.

Los franceses se acercan
El mariscal Bessieres había establecido en Burgos su cuartel general, para desde allí dirigir los movimientos de las tropas francesas. Después de tomada Logroño y Segovia, el general Merle se dirigió a Santander, pero al tener el general Lassalle noticia del alzamiento de Valladolid, le dió orden de retroceder para unirse a él y juntos atacar a don Gregorio de la Cuesta. Mientras, Lassalle se dirigió a Torquemada, donde encontró alguna resistencia, que venció, entrando después a saque el pueblo.

También se disponía Palencia a oponerse al paso de los franceses, pero el desastre de Torquemada les hizo desistir de su empeño y el día 7 de Junio abrieron sus puertas al general francés, saliendo a recibir el obispo y dispensándole un agradable recibimiento, con lo cual lograron los palentinos no sufrir más perjuicios que la imposición de una fuerte contribución de guerra. Siguió Lassalle su marcha, y habiéndose incorporado en Duéñas la división de Merle, se dispusieron ambas fuerzas a atacar a Valladolid.

Valladolid se dispone a la defensa

Al tenerse conocimiento en nuestra ciudad de la ocupación de Palencia por los franceses y de su propósito de atacar a Valladolid, lejos de decaer los ánimos y de pensar en la rendición, se dispusieron los vallisoletanos a vender «caras sus vidas, apostándose a la defensa; al efecto, los días 6 y 7 tomaron posiciones en Cabezón y Santovenia unos dos mil hombres, entre paisanos y militares, ocupando el puente del primero de dichos pueblos, un cuerpo de tiradores formado por los estudiantes de esta Universidad y dos cañones; el día 9 salió el general Cuesta para Cigales al frente del regimiento de caballería de la Reina, los guardias de Corps, unos dos mil paisanos mal armados y las otras dos piezas de artillería, de las cuatro que habían podido salvarse en Segovia; servidos por cadetes y oficiales del Colegio de Artillería.

No es de este momento relatar detalladamente el desastre de Cabezón, en el que los vallisoletanos, sobre todo los estudiantes, hicieron intiles prodigios de valor. Más adelante se describirá, con la detención que merece, esta página de sangre de nuestra historia. Otro suceso igualmente luctuoso exige ahora nuestra atención.

Asesinato de D. Miguel de Ceballos

Mientras el general Cuesta, al frente de las escasas fuerzas mencionadas, se disponía a oponerse al paso de los franceses en Cabezón, realizaron las turbas excitadas en nuestra ciudad, uno de esos terribles crímenes colectivos, hijos muchas veces de un error, de una imprudencia o del acaso, pero que suelen arrojar una fea mancha sobre los más sanos movimientos populares, como lo era el iniciado por Valladolid en aquella época.

Rendida Segovia por el general francés Frere, huyeron de aquella ciudad los que no quisieron rendirse, figurando entre ellos el director de la Academia de Artillería don Miguel de Ceballos y varios oficiales y alumnos, con cuatro cañones.

El enardecido paisanaje sospechó que había habido traición o por lo menos cobardía en la rendición de Segovia, y apoderándose del mariscal de campo, señor Ceballos, en las

inmediaciones del pueblo de Carboñero, le condujo preso a Valladolid.

El desdichado director de la Academia de Segovia venía a caballo y detrás de él, a alguna distancia y en un coche, su esposa y sus tres hijos, niños de pocos años.

Serían las seis de la tarde del día 9 de Junio, cuando entró el preso en nuestra ciudad por el Portillo, de la Merced descalza, y al desembocar en el Campo Grande por el Callejón de los toros, un grupo que allí había; compuesto en su mayor parte de mujeres, le reconoció, y considerándole culpable de la entrega de Segovia, comenzó por insultarle llamándole traidor y conchuyo por arrojar sobre él una nube de piedras.

Alcanzó una de ellas, derribándole del caballo y entonces, al verle caído, el populacho se precipitó sobre él y allí le hubiera dado muerte arrojándole a los paisanos armados que le custodiaban, si un sacerdote llamado Prieto, que por allí pasaba casualmente, no hubiera acudido en su auxilio, arrancándole de las garras de la multitud, con el pretexto de confesarle, antes de que recibiera la muerte.

De nada valió este humanitario ardid; la muchedumbre siguió a Ceballos y al sacerdote, hasta un portal inmediato al convento de Jesús y María, donde se habían refugiado, y penetrando allí un soldado portugués, en el colmo de la furia, rompió de un bayonetazo al infortunado militar.

Entonces las turbas, ébrias a la vista de la sangre, se apoderaron del cadáver de Ceballos y lo llevaron arrastrando por la calle de San Jaco, arrojándolo después al río, según algunos historiadores, y dejándolo abandonado según otros, junto al arco de dicha calle, después de despojarle de las ropas y el dinero cedido a ellas que llevaba.

A poco estuvo que se repitiera otra escena semejante a los pocos momentos, al divisar la multitud el coche que conducía a la esposa e hijos de Ceballos; gracias a la intervención de personas notables de nuestra ciudad que acudieron oportunamente, pudieron salvarse, siendo conducidos aquella atribulada señora y los aterrados niños, no sin correr grave riesgo, a la Plaza Mayor, encontrando refugio en el Consistorio.

Sumisión de Valladolid a los franceses

En las primeras horas de la mañana del 12 de Junio de 1808, fueron derrotados por completo los valientes patriotas que al mando del general Cuesta habían marchado a Cabezón, con el fin de impedir el paso a nuestra ciudad de los generales franceses Lassalle y Merle.

«La impresión que este desastre produjo en Valladolid, fué espantosa; al anterior entusiasmo, se siguió un gran desaliento y la mayor parte del vecindario, temiendo las represalias, huyó, dejando abandonadas sus casas; hasta los frailes y las monjas salieron de sus conventos, temiendo el saqueo de los franceses.

En vista de esto, el obispo de la diócesis don Vicente Soto y Valcarlos, dirigió una sentida comunicación a los generales vencedores, pidiendo clemencia para nuestra ciudad y achacando la resistencia de Cabezón a un impulso de exaltadas imaginaciones más que a un propósito de hostilizar al ejército francés.

El general Merle (único que quedó en Cabezón, pues Lassalle marchó en seguida a Palencia), contestó al prelado en términos tranquilizadores, y aquella misma tarde se dirigió a nuestra ciudad, donde llegó a las cinco próximamente, saliendo a recibirle hasta el Carmen descalzo, el obispo, algunos regidores, ministros de la Chancillería y personas importantes de la ciudad, reiterándole la sumisión de la misma, y enarbolan-



Monumento a las víctimas del 3 de Mayo.—Obra del escultor castellano Américo Marín, que será inaugurado en Madrid, durante las fiestas del Centenario.

do la bandera blanca que después se colocó en las puertas de Santa Clara. Allí quedaron unos 1.500 hombres custodiando los prisioneros y el resto entró en orden en la población, alojándose en los cuarteles y casas particulares.

Pero a pesar de los buenos propósitos del general francés, sus soldados cometieron algunos desmanes en los conventos de Santa Isabel, Santa Catalina, San Agustín, San Gabriel y Filipinos, saqueando también algunas casas que hallaron abandonadas.

Un bando

El corregidor interino de Valladolid señor marqués de Revilla, publicó el día 14, en nuestra ciudad, el siguiente bando:

«Hago saber: Que las piadosas consideraciones del excelentísimo señor general en jefe de las tropas francesas, que ocupan esta ciudad, hacia sus habitantes, son tales, que han producido el indulto por esta vez de los excesos que habían excitado su indignación, y la promesa de que cesará y hará cesar con el mayor esmero por evitar toda especie de desorden en sus tropas, castigando con el mayor rigor cualquier cosa que haya, pudiendo averiguarse quienes sean los que le hayan cometido, y sólo desea la recompensa de una humilde correspondencia a su tan generosa beneficencia, y para asegurarse de que así será, exige que se mande, como lo hago, que todos los vecinos y habitantes de esta ciudad hagan inmediatamente entrega de cuantas armas y municiones tuvieren de todas clases, con apercibimiento de que si después del desarmamento se hallasen armas de fuego de otra clase en alguna casa, será demolida».

Cautión de guerra y represalias

A continuación de este bando, el general Merle ordenó que se le presentasen todos los párrocos y prelados de las comunidades, y en número de cincuenta fueron retenidos en calidad de rehén y remitidos a Burgos, a disposición del general Berthier, juntamente con doscientos prisioneros hechos en Cabezón.

El día 15 marcharon custodiados por las tropas francesas que iban a Santander y en unión de un convoy de 200.000 fanegas de cebada.

El general Berthier, sancionó con fecha 17 el indulto concedido por Merle, y puso en libertad a los rehenes y prisioneros, pero exigiendo a Valladolid que jurase y reconociese como rey de España a Indias a José I y que entregase millón y medio de reales y quince mil fanegas de cebada.

Solo consta que se cumpliera con la primera condición, celebrándose



Sumisión de Valladolid, después de la derrota de Cabezón.—Copia de un grabado de la época.



El alcalde de Mostoles.—Estatua que forma parte del monumento modelado por el escultor vallisoletano Aurelio Carretero, y que será erigido en la Plaza de dicha villa.

la ceremonia el día 27 á las cinco de la tarde, en la sala de Acuerdo de la Chancillería, asistiendo el obispo y todas las autoridades y corporaciones y levantándose a la oportuna hora que fué remitida al general Berthier.

Otros sucesos

El día 12 de Septiembre entró en nuestra ciudad el general Sir Carlos Stuart, enviado del Gobierno inglés, como diplomático para negociar con la Junta Suprema. Después de ser obsequiado con música, fuegos artificiales y un banquete en el palacio real y de cumplimentarlo las autoridades y corporaciones, marchó el día 14, á las dos de la mañana.

El día 18, se cantó un solemne Te Deum en la Catedral, en desagravio de los sacrificios cometidos por las tropas francesas en algunas iglesias.

Constituida la Junta central gubernativa del reino, el día 25 de Septiembre en Aranjuez, y de la que formaban parte en representación de Castilla la Vieja, don Lorenzo Bonifaz Quintana y don Francisco Javier Caro, catedrático de la Universidad de Salamanca, se comunicó á Valladolid el día 7 de Octubre dicha constitución, ordenando que se celebrasen nueve días de rogativas é iluminaciones generales durante tres noches.

En cumplimiento de estas órdenes, duró la iluminación del 9 al 12, y en este día, fiesta de la Virgen del Pilar, hubo procesión desde la Catedral á San Lorenzo, volviendo nuevamente á la Catedral, con la imagen de la patrona de nuestra ciudad. Asistieron á la ceremonia el obispo, el Acuerdo, el Ayuntamiento, el Cabildo y las parroquias, cofradías y corporaciones.

El día siguiente por la tarde, volvió la Virgen de San Lorenzo nuevamente á su iglesia, con el mismo acompañamiento, excepto el Acuerdo, que se excusó, celebrándose ocho días de rogativas.

Nueva proclamación de Fernando VII

Acordada por el Ayuntamiento una nueva proclamación de Fernando VII, se verificó la ceremonia en la forma tradicional el día 28, á las dos de la tarde.

A este efecto, se había construido un templo, bautizado con el enfático nombre de *Gran templo de la Fama*, de forma octógona regular, compuesto de dos cuerpos; en los lados del primero, se pintaron alegorías alusivas, y en la parte superior corría una balaustrada donde se habían de colocar los reyes de armas. Daban acceso al templo cuatro escaleras; formaban el segundo cuerpo, columnas pareadas de orden jónico, de cuyos capiteles arrancaba un elegante pabellón de seda de color de rosa, colgando de su centro una artística araña de cristal.

Comenzó el acto, desfilando entre música y vivas, la cortina de damasco carmesí que ocultaba el retrato de Fernando VII, colocado bajo dosel en el balcón del Consistorio. Acto seguido, el marqués de Revilla, precedido de los reyes de armas, subió al templo y remolcó el pendón real, gritando: *Castilla y León por el rey don Fernando VII*, grito que fué contestado por la multitud con un estruendoso viva. La ceremonia se repitió en los sitios de costumbre, siendo después acompañado el alférez mayor, señor marqués de Revilla, á su casa por el Ayuntamiento y las autoridades.

Para solemnizar este acontecimiento, hubo aquella noche y las dos siguientes, música, iluminaciones y fuegos artificiales.

NAPOLEÓN I EN ESPAÑA

La derrota de Bailén y descabros posteriores, y sobre todo los apuros en que continuaron se veía el rey José, determinaron al emperador de los franceses á trasladarse á España para dirigir por sí mismo la guerra.



El día 4 de Noviembre cruzó el Bidasoa, yendo á dormir á Tolosa; saliendo la mañana siguiente para Vitoria á caballo, seguido de una escolta de la guardia imperial. La noche del 8 al 9 la pasó en Armiñón, provincia de Alava, (la casa donde durmió, se conserva en el Museo arqueológico de nuestra capital), entrando en Burgos el día 12, después de una pequeña resistencia, donde permaneció hasta el 22, saliendo para Aranda de Duero. Allí supo la derrota del general Castaños y después de permanecer hasta el 28 en dicha villa, tomó el camino de Somosierra, entrando en Boecigüillas el día 29 y llegando por fin á Chamartín de la Rosa el día 2 de Diciembre, aniversario de su coronación y de la batalla de Austerlitz.

La actitud levantisca de Madrid, no le permitió entrar en la corte de España aquel día, como era su propósito. Ajeno al nuestro, es relatar su estancia en Chamartín, su entrevista con el rey José, y las resoluciones que tomó en aquel punto, que volvió á abandonar el 21 de Diciembre, atravesando el Guadarrama á pie, al frente de sus tropas y con una temperatura de nueve grados bajo cero, y después de pasar la noche en el Espinar en una mala casa de postas, siguió por Villacastín, en medio de

un deshecho temporal de aguas, llegando á Tordesillas el día 26 de Diciembre, al frente de sus cazadores.

El emperador en Tordesillas

Alojose Napoleón en la casa-hospedería del Real monasterio de Santa Clara, fundación de Don Pedro I de Castilla, y allí descansó hasta el día 28 por la mañana.

Cuéntase, que, durante su estancia, invitó á la abadesa á tomar café con él; dicha señora, anciana de más de sesenta años, salió de la clausura y departió con el emperador, dándole cuenta de quién era el fundador del monasterio, los estatutos y las reglas de éste; el autor de quien tomamos estos datos, consigna que la abadesa tomó aquel día café por primera vez en su vida y que el emperador afirmó que el rey Don Pedro el Justiciero, fundador de aquel convento, era uno de los reyes de España con quien más simpatizaba.

Y añade: «Mientras conversaba el emperador con la abadesa, ésta le registraba con la mayor inocencia y candidez, las protuberancias que tenía puestas (parece que lo preguntó si tenían *filas algencas*), lo que agrada mucho al emperador, quien le entregó mil francos en oro para que diese, en su acóbre, un refresco á las religiosas, encargándole que en lo sucesivo se titulase *Abadesa emperatriz*, y que desde luego la pidiese, como tal, la gracia que gustase».

Y como á veces las pequeñas causas producen grandes efectos, este diálogo entre un gran tirano y una humilde monja, que parece noveloso, salvó la vida á tres patriotas.

Veamos como:

Tres indultos de pena de muerte

El mariscal Ney, que con dos divisiones formaba la vanguardia del emperador, y que había llegado dos días antes que éste á Tordesillas, recibió el parte de que una avanzada de la caballería francesa había detenido á un soldado español en la Mota del Marqués, mientras herraban su caballo, ocupándosele pliegos de importancia.

Examinados éstos, se vió que los firmaba el presbítero don Víctor González Martín, presidente de la Junta de defensa de Tordesillas, participando en ellos al general Moore y al marqués de la Romana, que el ejército de Napoleón procedente de Madrid se disponía á pasar el Duero por el puente de Tordesillas. Interrogado don Víctor, fué encerrado en la grada ó leucutorio del monasterio, en unión del padre guardián y un lego del convento de San Diego de aquella villa, presos como reos de Estado, y después de un rápido proceso, fueron los tres condenados á ser pasados por las armas.

El sitio destinado á prisión de estos infelices permitió á las monjas enterarse de todo lo que ocurría y he aquí, que al decir el emperador á la abadesa, que pidiese la gracia que gustase, la buena señora le rogó que perdonase y mandase poner en libertad á los tres presos que se hallaban en la grada, gracia que el emperador concedió inmediatamente.

Al marchar Napoleón en la mañana del 28 con dirección á Astorga, dícese que dejó en la casa-hospedería un edecán para que cuidase del monasterio hasta que pasasen todas las tropas, y añadió que mandó fijar en la puerta de entrada un edicto imponiendo la pena de muerte á toda persona de cualquiera clase, categoría ó condición que fuese, que perjudicase y molestase á las religiosas.

Algunos viajeros aseguran haber visto en dicho sitio un rótulo que decía: *Aquí estuvo el emperador*.

Pero dicha inscripción, si alguna vez existió, ha desaparecido.

El coloso retrocedió

El día 1.º de Enero de 1808, se hallaba ya Napoleón en Astorga, donde se le unió el general Soult con sus tropas, no habiendo podido, á causa del temporal de lluvias, retardar las jornadas, realizar su propósito de coger al general Moore entre dos fuegos.

Prosiguió Soult su marcha á Galicia, librando la acción de la Coruña que costó la vida al general inglés y mientras, Napoleón, que había recibido en Astorga un correo de Francia con noticias alarmantes acerca de la actitud de Austria, y que por otra parte, consideraba á Soult con suficientes fuerzas para destruir el fugitivo ejército inglés, después de permanecer dos días en aquella ciudad, salió el 4 con dirección á esta capital.

NAPOLEÓN EN VALLADOLID

Temores y sobresaltos

La entrada en nuestra ciudad de un destacamento francés de 900 soldados de caballería, que se verificó el día 13 de Noviembre del año anterior, y la noticia de la llegada del emperador á Burgos, hizo suponer que desde allí vendría á Valladolid; y esta suposición sembró tal pánico entre sus habitantes, que la mayor parte de ellos huyeron, llevando consigo cuantos objetos de algún valor podían transportar.

Dicen los contemporáneos que hasta las autoridades abandonaron nuestra capital, quedando sólo en ella el capitán general don Francisco Pignatelli y un ministro de la Chancillería; uno de ellos pinta el cuadro con las siguientes lúgubres tintas:

«Ver á frailes y monjas por los caminos, los más de á pie, en tiempo que estaba lloviendo, mujeres y niños y demás familias, causaba la mayor lástima y compasión, pudiéndose asegurar que los habitantes de Valladolid, jamás padecieron tales pesadumbres, penas, ni atragantos».

Movimiento de tropas

La situación de Valladolid como punto estratégico, hacía que no se

viera nunca libre de tropas francesas, aparte de las que cruzaban continuamente nuestra ciudad en distintas direcciones.

En efecto, el 23 de Noviembre llegaron por la mañana 800 soldados franceses de caballería, un cañón y un obús, que por la tarde salieron para Aranjuez, entrando enseguida en nuestra ciudad otro destacamento de caballería francesa, compuesto de 700 hombres y seis cañones, que el día 28 marcharon á Puente Duero, regresando de nuevo los 800 hombres que estuvieron en Valladolid el día 23.

El 30 de Noviembre llegó el general Lefebvre y otros dos generales, al mando de 6.000 infantes, 300 caballos, seis cañones y cuatro obuses.

Estas fuerzas cometieron algunos desmanes, hasta el punto de que desapareció el servicio de plaza con que fué servido el general Lefebvre en casa del marqués de Ordoño, donde estaba alojado.

El 15 de Diciembre, salió con dirección á Riego toda la guarnición francesa de Valladolid, consistente en 1.800 infantes, y 2.000 caballos, y al amanecer del 16 entraron en nuestra ciudad 200 soldados de caballería del ejército aliado, apoderándose de los fusiles que hallaron en los cuarteles y haciendo prisioneros á los franceses enfermos que había en el hospital general y conduciéndolos á Castromocho, donde se hallaba establecido el cuartel general inglés.

El día 25 envió Napoleón á nuestra capital al mariscal Ney, dando cuenta de que se hallaba en Tordesillas con 50.000 hombres.

Acto seguido salió para la próxima villa, con objeto de felicitar al emperador, una comisión de nuestro Ayuntamiento, compuesta del corregidor interino don Gregorio Chamochín, don Juan Francisco Díaz de Lavandero y don Hermenegildo Nieva.

En la tarde del día 26 llegó un destacamento de caballería francesa compuesto de mil hombres, anunciado que Napoleón llegaría á Valladolid aquella misma noche ó al día siguiente, lo cual hizo que se le preparase alojamiento precipitadamente en el Palacio real; pero ya sabemos que el emperador continuó su marcha á Astorga, sin tocar por entonces en nuestra capital.

El 2 de Enero de 1808, entró un convoy con muchos equipajes, custodiado por 200 soldados de caballería francesa, 500 de infantería y nueve cañones; y por fin, el día 5 se tuvo noticia oficial de que Napoleón se dirigía desde Astorga á Valladolid y que llegaría el día 6, volviéndose con ello á hacer nuevos preparativos para recibirle y disponer su alojamiento en el Palacio real.

Llegada de Napoleón á nuestra ciudad

Nuestro Ayuntamiento celebró sesión el citado día, 5 de Enero de 1808, y en ella, según acta que he tenido ocasión de ver en su archivo, el regidor de guardia (venían turnando diariamente en este servicio los regidores, efecto de lo anormal de las circunstancias) manifestó que á las ocho y media de la mañana se le había presentado un oficial francés, anunciando la llegada del emperador para el día siguiente. En su vista, el Ayuntamiento acordó salir á recibirle, llevando todos los regidores como distintivo la banda y escarapela y los alcaldes de barrio el lazo en el brazo y sombrero. Además acordó que toda la casa y poses que se pudieran proporcionar, se acogiera para el real palacio.

Y por fin llegó el temido día 6, en que el emperador de los franceses entró en Valladolid á las cuatro de la tarde, acompañado por su estado mayor y seguido de la guardia imperial, 4.000 infantes y cuatro piezas de artillería.

Conforme á lo acordado, una comisión del Ayuntamiento, en unión del intérprete don Manuel Alday, salió á recibirle á las puertas de la ciudad y le acompañó hasta palacio, donde se alojó el emperador bajo la custodia de su famosa guardia, emplazándose los cuatro cañones á ambos lados de la puerta principal de palacio.

El historiador Lafuente dice que recibió áspere y hasta desatentamente á las corporaciones eclesiásticas y civiles, y añade:

«Estrellase en especial con el Ayuntamiento, á uno de cuyos individuos despidió del salón porque se cortó en la arena que quiso pronunciar para desojarle, diciendo que entrara otro que supiera desmontar mejor su oficio, y al cual, sin embargo, no trató con dureza, despidiéndole á todos con amenazas».

Un acto notable

No puede asegurarse la exactitud de la anterior escena, pero sí que el enojo del dominador de Europa dejó en gran grado y que de él hizo víctima á nuestro Ayuntamiento. Buena prueba de ello es la siguiente acta que copio literalmente (salvando la ortografía) del libro correspondiente á los años 1809 y 1810:

«Valladolid.—Ayuntamiento general.—Viernes 6 de Enero de 1809.—Este día se juntaron á Ayuntamiento general los señores intendente corregidor don Gregorio Chamochín; don Tomás Rodríguez de Cela, don Manuel Ruiz, don Hermenegildo Nieva, don Simón Durango, don Vicente Martín, don Julián de Estefanía, don Bernardo Martínez, don Pedro Divido, don José Monasterio, don Francisco Díez Cano, don Juan Francisco Díez Cano, don Juan Francisco Díaz de Lavandero, don Manuel Ramón Navarro y don Nicolás Giralda.—(Al margen).—Venida de S. M. I. y R.

«En este Ayuntamiento se hizo presente por los señores don Gregorio Chamochín y don Bernardo Martínez, que á consecuencia de su comi-

sión habían salido en la tarde de hoy junto con el señor don Cayetano Alonso García, individuo de este Ayuntamiento y don Manuel Alday, intérprete, en coche, á recibir fuera de la Puerta del Puente á S. M. I. y R. el emperador de los franceses y rey de Italia, que llegó al Palacio á la hora de las cuatro poco más ó menos con su comitiva, en donde formados los demás individuos de Ayuntamiento, le acompañaron desde la Puerta hasta su habitación y allí se despidieron».

«Enseguida el señor intendente corregidor manifestó al Ayuntamiento, de orden de S. M. I. y R. el emperador de los franceses y rey de Italia, lo que le dio á entender que habían sido cabezas y cómplices en las conspiraciones populares, para proceder á su escarmiento, de que enterada la ciudad respondió á su señoría que no tenía noticia de que les hubiese, y á la mañana que ya estaba arrestado un hombre por sospechosos de asesinato, si se hallasen otros, daría noticia, sobre que, repuso dicho intendente, corregidor, que si no lo verificaba, la orden de S. M. I. y R. era que señalasen diez cabezas de alborotadores, ó cinco individuos de la Municipalidad pagarian con sus cabezas, dando de término hasta las doce de la noche, y el Ayuntamiento unánime, dijo: Que S. M. I. hiciera lo que fuese su voluntad, sufriendo la suerte que designase, pues absolutamente no sabían quienes fuesen los turbadores de la paz, no pudiendo por lo mismo señalarlos.—Ante mí: don Ramón de Santillana, escribano mayor.—Hay una rubrica».

Con este laconismo admirable se trataba en aquella época un asunto de tan vital importancia para la municipalidad. Tomen nota de esta concisión nuestros leales Ayuntamientos actuales.

Asesinato en San Pablo y supresión del convento

Este rigor, por parte de Napoleón, obedecía á los continuos asesinatos de que eran víctimas los soldados del imperio. A su misma presencia, sin temor á su persona que infundía respeto al mundo entero, el humilde hortelano del convento de San Pablo, frontero al palacio real, acochó á un soldado de la guardia del emperador, que merodeando, sin duda, penetró en la huerta y después de asesinarle, arrojó su cadáver á la noria.

Este delito exaltó á Napoleón, que el día 8 fulminó el siguiente decreto: «Cuartel general de Valladolid.—Napoleón, emperador de los franceses, etc.—Considerando que un soldado del ejército francés ha sido asesinado en el convento de dominicos de Valladolid; que el asesino, que era un criado del convento, ha sido cobijado por los frailes; hemos ordenado y ordenamos lo siguiente: Artículo 1.º Los frailes del convento de San Pablo, dominicos de Valladolid, serán arrestados, y lo estarán hasta que sea entregado el asesino del soldado francés».

Artículo 2.º Dicho convento será suprimido, y sus bienes confiscados y aplicados á las necesidades del ejército, y á indemnizar á quien correspondiese.

Ayuntamiento en peligro

Ante la heroica contestación de los representantes del pueblo de Valladolid, la soberbia del tirano se exacerbó y como á las nueve de la noche no hubiese recibido la lista de los criminales y dispuesto sin duda á ejecutar un castigo ejemplar, envió nuevamente al español don José Hervás, que acompañaba al emperador, para que dijera al Ayuntamiento que si aquella misma noche no le daban cuenta de los asesinos de los franceses, haría ahorcar á cinco regidores de los balcones de las Casas Consistoriales.

Al ver sus vidas en peligro, el intendente corregidor Chamochín pidió su entera y presentó á Napoleón la lista pedida, conduciendo que es censurada durante por algún autor que en ello se ocupa.

Represalias y ejecuciones

Que el tirano quería hacer sangre en nuestra ciudad, lo prueban varias cartas escritas á su hermano José.

En una de ellas le decía: «He hecho prender aquí doce de los más bribones y los he mandado ahorcar». Y en otra, que lleva la fecha del 12, se lee: «Es indispensable mandar ahorcar unos cuantos bribones. Mañana lo serán aquí por orden mía, cuya presencia tenía atarados á los habitantes».

Y en efecto, á la lista arrancada á Chamochín y en la que constaban los nombres de un mangüero llamado Domingo Díez y un criado suyo, que vivían en la Acera de San Francisco, añadió el emperador los del hortelano del convento de San Pablo, un mozo de Boecillo y un cantarero ó



carretero del barrio de San Ildefonso; y después de un juicio sumariísimo, los condenó á muerte, señalando la ejecución para el día 13 en la Plaza Mayor, conforme había anunciado á su hermano.

Toda la ciudad pidió perdón para los reos, pero sólo logró ser indultado el mangüero Díez; dícese que á ruegos de los monjes de San Benito y á petición de uno de los mariscales del imperio, á quien habían logrado conmover las lágrimas de la bella esposa del reo.

Estancia y partida del emperador

Durante la permanencia de Napoleón en nuestra ciudad, y debido sin duda á las anteriores circunstancias, no se celebraron más festejos que repique de campanas é iluminación durante tres noches en el consistorio y en el palacio real. Su detención en Valladolid durante otros días obedeció, según algunos autores, á que aquí planeó la guerra contra el Austria y á su deseo de dejar arreglados los asuntos de España antes de su partida.

En una de las cartas á su hermano, le decía: «Véme obligado á permanecer en Valladolid para recibir mis estafetas de París en cinco días».

El día 7, siguiente á su llegada, recibió en audiencia á las autoridades y corporaciones de la ciudad, encareciéndolas que recomendasen el orden al vecindario.

El día 8, nombró alcalde mayor interino á don Fermín Macía Moya.

El día 9, presenció la entrada de 8.000 soldados franceses con 2.000 prisioneros españoles y 150 ingleses.

El día 10, tomó el Ayuntamiento el acuerdo de prestar juramento de fidelidad al rey don José I, en la iglesia de Jesús, y por la tarde revistó Napoleón, á caballo, en el Campo Grande, á 4.000 soldados franceses que llegaron aquel día.

El día 11, entraron nuevas fuerzas que completaron aquí un total de 23.000 hombres, de los cuales marcharon 10.000 el día 12.

El 16 de Enero recibió á los diputados de los Tribunales y del Ayuntamiento de Madrid, examinando los libros que la presentaron y en los que constaba el reconocimiento y juramento de su hermano José. Parece que los recibió con grandes muestras de afecto y les prometió que el rey su hermano volvería en breve á Madrid desde el Pardo y se encargaría de la gobernación del país.

En unión de los diputados madrileños recibió al arzobispo de Malinas M. Prat, y hablando con él de la situación de España, parece que le dijo: «Buen regalo he hecho á mi hermano; pero los españoles harán con sus locuras que su país vuelva á ser mio; en tal caso, le dividiré, en cinco grandes virreynatos».

El mismo día, dispuso que de todas las ciudades de España marcharan diputados á Madrid para llevar al rey el proceso verbal de haberle prestado juramento.

Y por último, el día 17, á las seis de la mañana, partió el emperador á caballo con dirección á Burgos, recorriendo en la misma forma rápidamente el trayecto hasta Bayona.

Como gobernador de nuestra ciudad quedó el príncipe de Neufchatel, á quien sucedió en el cargo el mariscal Bessières, nombrado el 25 de Enero, desempeñándole hasta el 15 de Marzo, que fué nombrado gobernador de Valladolid el general Kellerman.

EL CURIOSO PINCIANO

EL ARCHIVO DE SIMANCA

en la guerra de la Independencia

La conmemoración del centenario de la Independencia española se celebra con un espíritu de fraternidad entre ambas naciones, bien manifestado en la grandiosa Exposición zaragozana; por lo tanto, parece que no encaban en el ambiente de las fiestas los recuerdos de los desastres causados por las tropas invasoras en los tesoros nacionales, que forzosamente tienen que ser lamentables, como todas las miserias de la guerra.

MEDALLONES

I

El Pueblo

Para cantar, oh pueblo! tu heroico toco el recuerdo en mi alma de patriota y brotó la pasión, igual que brota del cráter del volcán un cataclismo.

«¿Quién me diera encarnar mi patriotismo en un soneto como en una nota, y que mi lira desahorase y rota, tuviera la grandeza del abismo!»

El verso que cantase tus hazañas, haría estremecer á las montañas, —médula secular del Universo;— y donde apenas la mirada alcanza, como gloriosa enseña de esperanza restallarían mi vibrante verso.

II

Fernando

Porque Dios lo ha querido, tengot el alma forjada para los grandes odios y los grandes amores; llevo en ella millares de pájaros cantores y una enorme culebra que se duerme enroscada.

Tu memoria maldita por el mundo exoracda, ha deshecho el anillo de todos mis rencores

III

Doña y Velarde

En vano la ambición ó la falsia quiso adular al déspota extranjero; el noble corazón del pueblo entero, al par que vuestro corazón latía.

«Bien haya la sublime rebeldía que puso en vuestras manos el acero, y en vuestras almas el temblor guerrero, como una llamada de energía».

Cuando en el Sinaí de la conciencia estalla con salvaje violencia la augusta voz de un ideal sagrado, ó se obedece al noble imperativo ó es el hombre un estúpido cautivo y un infame grilete el entorchado.

A. TORRE RUIZ

Las tropas napoléónicas representaban también, en progreso y, al lado de los perjuicios de la guerra, llevaban el germen de adelantos que había de fructificar poco más tarde.

Es sabido que solían acompañar a aquellos ejércitos comisiones de sabios encargados de estudiar las antigüedades de los países conquistados, a los cuales, aunque alguna vez tocaba formar en la impedimenta con cierto desdoro de su científica misión, como lo sintetiza la conocida orden de Napoleón en Egipto mandando agrupar sabios y burros al centro, esta encomienda la tarea de recoger los objetos de mayor valor arqueológico o artístico para llevarlos a París.

También debían reunirse allí los archivos de todos los Estados que el emperador fuese incorporando a su Corona. Los primeros fueron los del Imperio germánico, conservados en las cancillerías de Viena, cuyos papeles llenaron 3.139 cajas, costando su transporte a París más de 400.000 francos.

A éstos debían seguir los del Vaticano, con un total de 102.000 legajos, y a los del Vaticano el de Simancas. De éste se ocupó el emperador a su paso por Valladolid en los primeros días de 1809. En Agosto de 1810 mandó al príncipe de Neuchâtel que diese orden al general Kellerman, comandante del ejército que tenía establecido su cuartel general en Valladolid, para trasladar a Bayona los papeles de Simancas. El general contestó a esta orden disponiéndose a cumplimentarla inmediatamente y asegurando que el archivo estaba intacto y tal cual le había encontrado, lo cual si hasta la fecha de la carta (24 Agosto 1810) pudo ser cierto, no siguió siéndolo durante el tiempo que estuvo en él alojada la guarnición francesa, compuesta de 80 hombres y un comandante.

Aseguraba el general que se precisaban 500 carros para el transporte, y procediendo *manu militari* expidió el primer convoy, compuesto de 80 cajas, el 13 de Noviembre, llegando a Bayona el 28.

Pocos días después envió los inventarios del archivo para que en ellos se señalase lo que había de ser transportado, indicando que para llevarlo todo se precisaban más de 12.000 cajas. El emperador resolvió que sólo se llevase la parte histórica y para proceder a la selección necesaria nombró a M. Guitier, auxiliado por don Manuel Mogrovejo, canónigo de Valladolid, después agregado a los archivos del imperio en París.

Es indudable que Guitier tenía ideas más fundamentales y desde luego mucho más modernizadas que los archiveros de Simancas, cargo entonces vinculado en la familia de los Ayala, como descendientes del secretario de Felipe II, Juan Gallo de Andrade. Algunas de las notas del archivero francés, que todavía se conservan en las carpetas y en las márgenes de los documentos, demuestran que conocía bien la historia de España, no obstante su condición de extranjero.

Encontró en el archivo 29 salas llenas de papeles, sin otro signo distintivo que la denominación tradicional convenida entre los archiveros, generalmente tomada de la procedencia de los documentos y las numeró todas por orden correlativo. Usó por primera vez en el archivo etiquetas con el número de cada legajo y cajetines impresos en los

documentos con el número de aquel, y estuvo en 306 metros cúbicos, con un peso de 279.000 kilos, el total de documentos que había que transportar a Francia, lo que venía a constituir una cuarta parte del archivo.

Mientras esperaba instrucciones para el traslado, supo que el ejército francés de ocupación en Portugal estaba en plena retirada; que había evacuado la plaza de Almeida (10 Mayo 1811), última ocupada en aquel reino y que los anglo-portugueses acababan de batirle cerca de Badajoz (16 Mayo), siendo de temer que si los aliados prosiguiesen su marcha de avance, la provincia de Valladolid se viese pronto comprometida.

Ante tal amenaza tomó la resolución de obrar por su cuenta sin esperar instrucciones, y el 24 de Mayo expidió 59 cajas de documentos; el 6 de Junio hizo un segundo envío de 53 cajas, y al día siguiente otras 40, después de lo cual regresó a Francia.

A pesar de los temores de Guitier, los aliados no entraron en Valladolid hasta después de un año, pues como se sabe, Lord Wellington ocupó la ciudad, que acababa de ser abandonada por los franceses, en 30 de Julio de 1812. Sin embargo, aquellos temores quizá contribuyeron a impedir la continuación de los envíos de papeles. Los hechos por Guitier llegaron a París desde Enero a Octubre de 1811, formando un total de 7.881 legajos.

No fueron los papeles de este Archivo los últimos que debían formar parte del magno proyecto concebido por Napoleón. Por los mismos días que llegaban a París los legajos de Simancas, eran esperados allí otros 12.049 procedentes del Piamonte, y se enviaban comisiones a Bélgica y Holanda para mandar a París no sólo los documentos que pudiesen ser considerados como de propiedad del Estado, sino los más importantes que hubiese en los archivos de las ciudades; pero los acontecimientos de 1813 impidieron la realización de estos proyectos.

Al año siguiente, los aliados entraron en París y cada uno de los países a quienes los franceses habían despojado de sus archivos, entablaron reclamaciones para recuperarlos. Se encargó de las de España, el marqués de Salvador y obtuvo del ministro francés príncipe de Talleyrand, la orden de devolución de siete mil 578 legajos, excepto 283, de los más interesantes para Francia, que quedaron en el Archivo nacional de París, donde continúan, y de los cuales, ya que su restitución no puede lograrse, procederá sacar copias o extractos detallados para completar las colecciones de Simancas.

En virtud de las órdenes de Talleyrand se expidieron en 23 de Febrero de 1815 desde París para Bayona, 146 cajas de documentos con un peso total de 19.133 kilos; pero no habían aún llegado a Burdeos cuando se supo el desembarco de Napoleón en Francia, cuya noticia hizo detener la expedición, sin que fuese entregada a nuestro consul en Bayona hasta 1816.

Se ve, pues, con qué pocas dificultades tropezaron los franceses, en una época en que no había ferrocarriles y en que las carreteras distaban mucho de tener el desarrollo y el estado de conservación que hoy, para trasladar tal número de legajos

a una distancia tan considerable como la que separa Simancas de París en viaje redondo de ida y vuelta, cuyos expeditivos procedimientos contrastan con las dificultades y espantos que surgen todavía hoy, a pesar de los modernos medios de transporte, cuantas veces se ha propuesto o tratado de desenterrar el primer Archivo histórico de España del rincón donde le reclusa la extraña voluntad de Felipe II, ante la unánime protesta de cuantos estudiosos nacionales y extranjeros le consultan.

JULIÁN PAZ

PLUTARCO PATRIÓTICO EL HOMBRE Y EL NIÑO

Ha pasado a la Historia como ejemplo de estoico valor y firme voluntad, el caso de Cayo Mucio Escévola, que desafiando a su patria, Roma, de su sitiado al rey de los Etruscos, consiguió llegar hasta su tienda con propósito de darle muerte. Como el escultor patriota no conocía al rey, tomó por él a un secretario suyo y le hirió. Y cuando, reducido a prisión, fue interrogado acerca de sus propósitos, confesó su desafío y añadió, metiéndola mano en el fuego de un pebetero: «así castigo su equivocación».

Corría el año 1808. Ocupaban los franceses a Valladolid y era gobernador de la ciudad el general Kellerman.

Un muchacho de 12 años de edad, hijo de un talonero, fue prendido por los soldados de Napoleón y acusado de haber llevado pólvora a las partidas. El niño, sin embargo, no confesaba a pesar de la insistencia de sus aprehensores, que le acababan con preguntas y le atormentaban con amenazas.

—Ya confesaré, dijo un oficial, y ordenó que le aplicasen fuego a las palmas de las manos y a las plantas de los pies.

El pobre niño soportó con firmeza aquel cruel martirio, sin romper su silencio.

«¡Héroe valor que no pudieron menos de admirar sus propios verdugos!», dice el cronista Sanjurjo.

Injusticia de la Historia, me atrevería yo a añadir: Un hombre hecho y derecho ha pasado a la posteridad por haberse quedado una mano.

Un pobre niño hizo cuatro veces más, y nadie se acuerda de aquella criatura.

Si otros pueblos contasen en su historia con hechos tan sublimes, sus mármoles y sus bronceos se hubieran erguido ellos solos para conmemorar la precocidad del heroísmo.

PEDRO REGALADO

CENTENARIO GLORIOSO

«El heroísmo es virtud superior, para la cual no están templadas todas las almas, ni todos los pueblos; dice más, ni todas las épocas».

General Múziz y Torresos

España se dispone a conmemorar brillantemente la epopeya de la Independencia. Zaragoza, Gerona, Badajoz, Ciudad Rodrigo, Astorga, Tarazona, Ríoseco, Burgos, San Sebastián, Cádiz... y otras muchas ciudades y pueblos donde las águilas del imperio se detuvieron, han organizado fiestas en honor y recuerdo de aquellos nuestros antopa-

sados que tan bizarramente se portaron en la guerra de 1808-1814.

¿Qué español no ha oído narrar a sus ascendientes los episodios gloriosos de aquella lucha? ¿Quién desconoce algún hecho memorable de la francesada? Dice el gran Almirante que la guerra de la independencia no fue una guerra, sino una epopeya; y si aquella no enseñó estrategia, ni táctica, mostró, sin embargo, algo más difícil y más elevado. El amor a la patria; ese santo cariño al territorio, al hogar, a lo nuestro, y ante tan formidable enemigo, no es extraño que retrocedieran los vencedores de Austerlitz, Rivoli y Jena, repasando el abrupto Pirineo, mil trechos y derrotados, y renunciando para siempre a una empresa que imaginaron fácil.

Aquella guerra, según el traductor Jomini, «escapó todo cálculo, regla, precepto y doctrina». Sin elementos, sin organización, sin planes belicosos, surgió el Dios de Mayo, que fue el chispazo que como reguero de pólvora corrió por toda la Península, encendiendo las masas y disponiéndolas al combate, a la lucha desigual del fuerte contra el débil, unido ante el peligro por el lazo común de las grandes fanatismos de las colectividades. Así vencieron.

A la iniciativa directriz del coloso de la guerra, se respondió aquí con multiplicidad de inteligencias directivas, capitaneando las famosas Juntas de defensa, improvisándose ejércitos y levantándose innumerables partidas de guerrilleros. El entusiasmo individual, logró suplir a la organización robusta e inteligente del invasor.

No vamos a encerrar en humildes reñones, ni aun siquiera a exponer, los episodios heroicos, las batallas, acciones y sitios de plazas y ciudades en aquella epopeya de hace cien años; solamente nos guía el deseo de trazar ligero bosquejo militar que sea un himno al heroísmo; a la invencible constancia, y al entusiasmo por el triunfo de toda una generación gloriosa.

La poliorcética nos presenta en todo su vigor ejemplos sublimes en Zaragoza, que según el conde de Tolón «más que un sitio fue una continua lucha o defensa de posiciones diversas, en que el entusiasmo y personal denuedo, llevaban ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas»; en Gerona, Badajoz, Ciudad Rodrigo, Astorga... donde la metralla enemiga no logra rendir los corazones de valerosos patriotas que acudían los Palafox, Alvarez de Castro, Menacho, Pérez de Herrasti, Santocildes...

Talavera, Bailén, Alcañiz, la Albuera, los Arapiles, Vitoria... donde el valor personal y la organización ocasional y momentánea triunfa sobre la masa guerrida, compacta y curtidada en las campañas de un siglo. Españoles y sus aliados los ingleses y portugueses rivalizaban en valor y entusiasmo, y lo mismo en la victoria que en la derrota, sabían desarrollar el máximo de fuerza táctica y de perfecta movilidad estratégica. Wellington, el héroe inglés, en Ciudad Rodrigo y Torres-Vedras; Castanos, Reding, Cospigny, Jones y Peña, en Bailén; Cuesta, en Medellín; Venegas, en Sierra Morena; Blake, Romana, Beresford, Contreras, Moore, Albuquerque, Infantado y otros muchos, que junto con el más grande patriotismo, llevaban el «no im-

porta», divisa gráfica de la raza hispana, con la que cubrían sus descalabros, descalabros que encendían aún más su valor, su pujanza bélica.

Y frente a esos núcleos sin armas, y desorganizados, estaban las banderas tricolor, flameantes y altaneras, cobijando a un ejército victorioso en todo el orbe. Allí están Andrés Massé, el ilustre mariscal, el hijo mimado de la victoria, vencedor en Leobén, Zurich y Génova, el enérgico y frío en Raling, Ebersdorf y Wagram, y cuya estrella se oscureció al tomar el mando de un ejército en la guerra con España; goñu militar que se vislumbra solamente en Fuentes de Oñoro, al dirigir la operación, modelo en su clase, admiración de los técnicos en el militar, y que sin embargo no le da la victoria decisiva que él esperaba. Marmont, el general de Marango, Malta y Alejandría, el vencedor en Dalmacia el 1806 y vencido en los Arapiles el 1812, al pretender atacar por el frente unas posiciones de Wellington, cuyo intento le costó un balazo y la derrota de sus tropas, que desmoralizadas se retiraron a los llanos burgaleses. Soult, el que en 1805 se cubría de gloria en Austerlitz, donde según la frase gráfica de Napoleón «el sólo condujo la batalla», soldado valeroso en Jena, Eylau y Tilsit, sufre entorpecimientos sin cuento al abrir al invasor la carretera de Madrid por Vitoria y Burgos. Suchet, el mariscal que en la batalla de Léano toma tres banderas enemigas, el héroe al frente de sus tropas en Neumark, San Gotardo y Génova, el que en Austerlitz ensaó asombro al avanzar bajo el fuego de la artillería enemiga, Gonvion de Saint-Cyr, el sabio general de Maguncia. Junot, el «argento de la tempestad» por su sangre fría en Tolón; Lannes, Victor Bessieres, Jébráant, Augereau, Ney, Drouot, Senarmont, Elé, Roguati, Dupont, Murat, Moncey, Lefebvre-Desnouettes, Vedel, Gobert, Mortier, Sebastiani, Victor Dushesne, Philippon... y tantos otros generales de la escuela napoleónica, que fracasaron completamente.

La ladole especial de la guerra de la Independencia, era totalmente desconocida por Napoleón, genio militar acostumbrado a los procedimientos estratégicos concentrados, que decidían en una sola batalla la gloria, el éxito de toda una campaña. De ineptos calificó a sus valerosos lugartenientes, que trabajaron como en ninguna otra parte. Aquí carecían de objetivo determinado; sus tropas a merced de intrépidos guerrilleros, que no solamente venían algunas veces, sino que desbarataban todos sus planes logísticos, cortándoles las líneas de comunicación, atacándoles convoyes, dando una batalla donde menos la esperaban, sosteniéndose meses y meses en plazas desguarnecidas, causando bajas siempre, y manteniendo en constante zozobra a los vencedores en cien combates.

Fue la guerra que hoy se conmemora, nacional, eminentemente nacional. Y una guerra de esta naturaleza, dice el sabio Villamartin, «tiene que ser a muerte. Es muy triste sentir esto como principio teórico; pero si no se hace al conquistador todo el daño que quepa dentro de los límites de la justicia humana, el espíritu de guerra... Todo el país se levanta contra el odioso conquistador, todos conyuvan con su riqueza, su va-

lor, su talento, siendo declarado traidor, perseguido y muerto el que se opone a esta terrible sacudida: he aquí las guerras nacionales».

¿Y quién puede vencer a un pueblo, que como el nuestro, expresó tan solemne sentimiento de odio?

J. YAUZE

Nota festiva

Otro Dos de Mayo
—¿Tú qué sabes del tío Jorge? vamos a ver.

—Ni un garbanzo.

—¿De Palafox?

—Ni un pito.

—¿Y del general Castanos?

—De ese, sí. ¿No fué con Wöyler a Cuba el ochenta y cuatro?

—¡Atiza! Fué el que en Bailén dió un meneo soberano a los intrusos. ¿Lo dudas?

—Pues lo saben los muchachos de la escuela.

—Es que los chicos nacen ahora medio sabios.

—Y qué sabes de Agustina de Aragón, la que empufando la mecha de un artillero

murió a sus pies de un balazo, la aplicó a un cañón y puso en fuga a aquellos soldados

que nada más pretendían que a un león potente y bravo

el pito le hincase un águila...

ya tú ves, un pajarraco?

¿Qué embes tú de eso, dilo?

—Hombre, si te he de ser franco, te diré que no sé nada de esos infundios.

—¿Qué bárbaro!

—¿Es por mí?

—No, por Bombita.

Mia tú que no sabes algo de Bailén y Zaragoza,

no es el colmo, es el marasmo!

—¿Y qué adelanto con eso?

—¿A estar el pan más barato porque yo sepa esas cosas,

que no me importan un rábano?

—¿A mí háblame de estocados...

—De estocados en el rabo!

—¿De pasar de zuleta...

—¿Con lluvia de naranjazo!

—¿Porque lo demás es, chico, pampina pa los canarios.

—¿A que tú no te cartees,

como yo, con el Conancio,

que es un torero de bñen,

con los primeros redaños?

—¿A que no conoces tú al Niño del sotañico,

que hace así con la muleta

y le deja hipnotizado

al toro, y luego se tira

mucho mejor que el Machaco?

—¿A que tú...

—Te estoy oyendo

y me dá, chico, tal asco,

que si sigues dos minutos

más, te vomito.

—¿Qué garro!

—El garro lo serás tú,

so animal, que eres tan macho

que no sabes ni una miaja

de quienes fueron los bravos

que en Madrid y en Zaragoza

defendieron nuestros santos

derechos como hombres libres

y no como hombres esclavos...

—Bueno. Pues te apuntas ocho,

y la cordilla, pa el gato.

—Apuntate tú esa chula!

—¡Ah, ladrón!

—¡Salte aquí, guapo!

Cuando llegaron los guardias,

no quedaban ni los rabos.

D. PAZO

IMPRENTA CASTELLANA

Casa TELESFORO

SASTRERIA Y CAMISERIA

Gran colección en artículos del país y extranjero.—Variado surtido en gabanes y chalecos de fantasía.—Trajes de dril última creación.—Gran variedad en bastones novedad con aplicaciones de oro y plata.

Impermeables marca «El León». Casa TELESFORO

Para comprar trajes de moda

tanto para señora como para caballeros, y artículos de temporada adecuados a todas las clases de la sociedad, debe visitarse el comercio

SAN LUIS

Alfonso XII, 2 y Victoria, 11

GRAN BALNEARIO de la Sociedad anónima Vichy Catalán

Situado entre la estación y el pueblo de Ouides de Malavella (Gerona). Establecimiento de primer orden.—Temporada: de 1.º de Mayo a 30 de Octubre. Distancia de Barcelona: en tren ligero, 2 horas 30 m.; en tren correo, 3 horas. Aguas minero-medicinales, termiales de 60°, alcalinas, bien-bonastado, sódicas. Sin rival para el reumatismo, la diabetes y afecciones del estómago, hígado, bazo.

Administración: RAMBLA de las FLORES, 18, entresuelo.—Barcelona

BALNEARIO DE ALZOLA-GUIPUZCOA

Temporada, 15 de Junio a 30 de Septiembre. Médico Director: Dr. Mariano Viejo y Bacho. AGUAS ALCALINAS sin rival para las vías urinarias, recomendadas por eminencias médicas. Situación privilegiada: a hora y media de Bilbao y San Sebastián, y un cuarto de hora de la playa de Deva; trenes a todas horas; hospedaje al alcance de todas las fortunas.

Venta de las aguas: Alzola, 36, Madrid

CALDO "PAX"

Para combatir las enfermedades de la viña

Mildew Black-Rot

Ver prospecto número 8 a Sociedad Española del Carbonyl Supervielle y Compañía Reinteria (Guipúzcoa)

Dr. M. Capdevielle

EX-AYUDANTE DE LA CLÍNICA Oculológica de la FACULTAD DE MEDICINA

MÉDICO-OCULISTA

Cesantía de 10 a 12 y de 3 a 5

Avenida de Alfonso XII, 8

Venta de dos fincas urbanas

1.º Un edificio al Arco de ladrillo, antes posada de la Alegría, dividido hoy en ocho alambres, con una superficie de mil setecientos cincuenta metros y treinta y tres decímetros, con más selicientos cincuenta y tres metros y veinte y seis decímetros de terreno fuera de sus muros y de su única servidumbre.

2.º Otro almacén al propio sitio del Arco, antes Corral de Mahoma, pago del Horno, de trescientos setenta y ocho metros y setenta y nueve decímetros de superficie.

Se oían proposiciones en el primer edificio, por persona autorizada para su venta, los días 1 y 3 de Mayo, de diez a doce.

Se venden

ellas-soportes de hierro con cojinetes de bronce, cojinetes, para transmisiones de fábricas. En esta administración informarán.

CASA TELESFORO

Esta Casa sigue recibiendo sus exclusivas creaciones en confecciones.—Extensa colección en cortes de vestidos de hilo, lavables.—Abrigos de fantasía.—Gran variedad en blusas, guardapolvos e impermeables.—Gran surtido en driles de hilo.—Exposición permanente.—En el interior del establecimiento puede verse el inmenso surtido que tiene la

CASA TELESFORO

Máquinas de escribir BLICKENSERFER (antes Dactyle)

Escritura a la vista y directa.—Número 7, por setas 450.—Número 8, por setas 500, al contado.

VENTAS A PLAZOS

Las más prácticas, rápidas, fuertes y ligeras. Poco cinco kilos. Garantizadas dos años.—Seis caracteres de letra. Seis colores de tinta.

Máquinas de calcular «Dactyle». Cintas especiales para España de todas las marcas. Accesorios para máquinas de escribir en general.

Concesionario exclusivo para España y Portugal Carlos Gutiérrez, Pintor Sorolla, 23, Valencia. Se desean agentes de seriedad y actividad.

Dr. R. Alvarez G. Salazar

Consulta de enfermedades nerviosas y mentales

HORAS: DE OCHO A UNA

Calle de Alfonso XII, 2, principal izquierda.

Efectos de los abonos químicos en el cultivo de la remolacha



Con superfosfato, sulfato de potasa y nitrato de sosa.	Con superfosfato solo	Sin abono
Peso: 3.050 gr.	Peso: 1.800 gr.	Peso: 1.080 gr.

Pídanse informes sobre la aplicación del nitrato de sosa, como abono, en la Delegación Española del PERMANENT NITRATE COMMITTEE, Jovellanos, 5, Madrid.

EL AGUILA

Santiago, 57. -- Teléfono 158. -- Valladolid

PRECIO FIJO

Grandes almacenes de ropas hechas y géneros para la medida

Sucursales: Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia, Cádiz, Málaga, Zaragoza, Bilbao y Santander

TEMPORADA DE VERANO DE 1908. — CASA FUNDADA EN 1850

Se han recibido los últimos modelos de París en trajes para niños
Mañana **GRAN EXPOSICION**

de las últimas novedades recibidas para la próxima temporada de verano

Santiago, 57.-Precio fijo.-Valladolid

JUVENIA!!

Nuevo reloj áncora extraplano de **GRAN PRECISION**



Fabricación mecánica por los procedimientos más perfeccionados

Perfecta afinación (cinco segundos) en las diferentes posiciones y temperaturas

Nueva disposición que hace imposible el enganchamiento de las agujas



Elegancia

Perfecta solidez

Calidad superior

Precios ventajosos

Piezas intercambiables

Cada reloj lleva consigo su certificado de observación.



Todas las máquinas **JUVENIA** están sometidas á una larga observación y minuciosa verificación. Los relojes **JUVENIA** se fabrican en cajas de oro, plata, enchapadas de oro, acero, níquel, cajas lisas y decoradas. Unico concesionario para **Valladolid** y su provincia

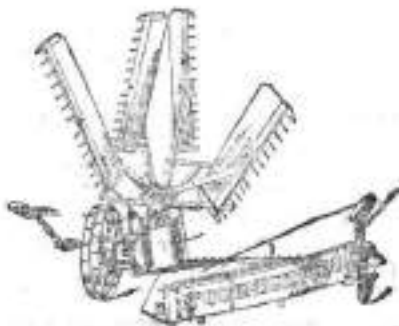
Ambrosio Pérez.-Bazar Parisien.-Valladolid

Maquinaria agrícola é industrial

Oficinas técnicas

GARTEIZ HERMANOS, YERMO Y C.^a

BILBAO - VALLADOLID



Segadoras, Guadañadoras, Rastrillos y Afiladoras

M^o. CORMICK

Maquinaria industrial
Avantadores, Cribas, Arados, Gradas, Rodillos, Cultivadores, Arrobadoras, Cortapajas, Trituradores, Bombas y Molinos de viento, Prensas para paja y heno, etc.

Maquinaria agrícola de todas clases
SEMBRADORAS "HOOSIER-GARTEIZ"

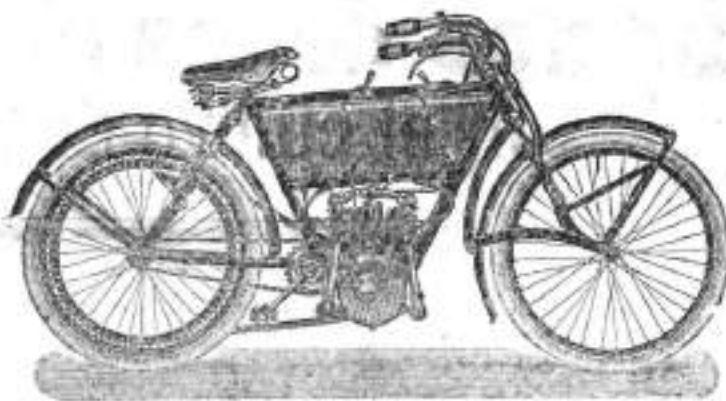
Prensas y pisadoras para uva
Valladolid, Avenida Alfonso XIII, 8 y 9.-Depósito en Riosseco, Aneha, 1

Garage Central

Bicicletas, Motocicletas y accesorios

Se ha recibido un gran surtido para la presente temporada, siendo los precios tan sumamente reducidos que se pueden adquirir bicicletas elegantísimas por 175 pesetas; nadie debe comprar bicicleta sin antes examinar el elegante catálogo ó visitar la casa de los señores

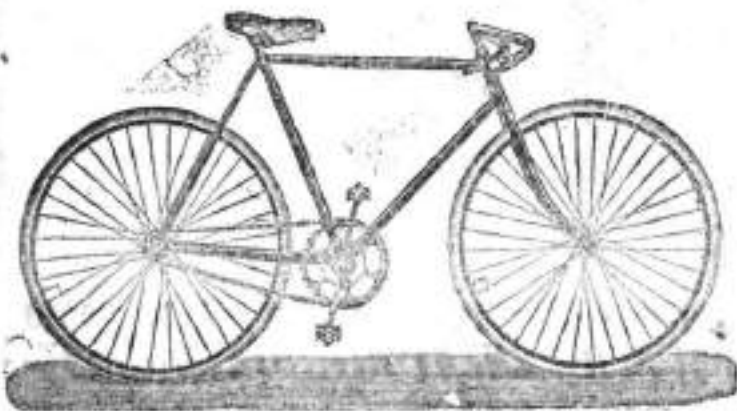
MARTINEZ Y FERNANDEZ



donde el cliente podrá elegir lo que desee á su gusto, pues pasan de diez marcas las que en dicha casa se trabajan y todas se garantizan contra todo defecto de construcción.

Avenida de Alfonso XIII, 8

Sucursal en Burgos
PLAZA DE VEGA, 12



Fábrica mecánica de calzado
Dionisio Baroja

Desde hoy nuevos precios en beneficio del consumidor.

DESPACHO

Santiago, 38



DAVERIO, HENRICI Y C.^a

INGENIEROS-CONSTRUCTORES

ZURICH (SUIZA)

Talleres de construcción

Schaffhausen (Suiza)

Marsella (Francia)

CASAS EN

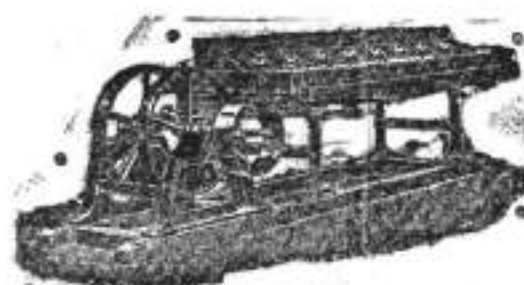
Zurich

Marsella

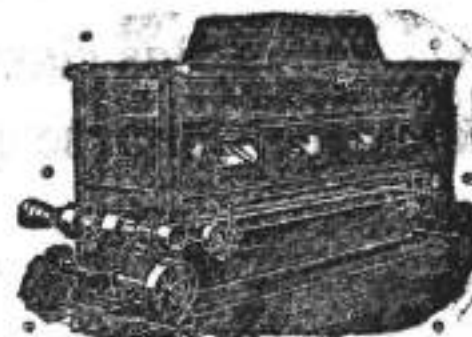
Madrid

Moscou

Casa centra en ZURICH



Diseñadora perfeccionada construcción "DAVERIO".



Susur ZURICH, último modelo

20 medallas de oro
PLATA Y DIPLOMAS
en las Exposiciones
de
París, Sydney,
Melbourne, Odesa,
Milán, Lyon, Ginebra,
Barcelona y otras.

Medallas de 1.^a clase
Asociación Nacional
de los
labradores franceses
París 1885
Academia Nacional
París 1889
Idem 1890

Exposición Universal de París de 1900
Fuera de concurso. — Miembro del Jurado.
Más de mil instalaciones completas sistema DAVERIO

INSTALACIÓN Y TRANSFORMACIÓN
de fábricas de harinas con arreglo á los últimos y
verdaderos adelantos

MADRID

Socio gerente: **ALFREDO MENGOTTI**

Calle de Sevilla, 3, Palacio de la Esquinita

Más de 4.000 plansichters funcionando